

que yo conozco, de Tatiana Enco de Valero, muy discreta, y no me extrañaría que la suya firmada por un Portanoff, Pujol, Mora, del Rincón, Pla, Quiroga o algún otro por el estilo, que entonces es posible que haya leído una parodia del Oblomov legítimo.

De un tal Alexis Marcoff, nombre que siempre me dió a «camelof» por la diferencia sensible observada entre sus diferentes traducciones, y que recientemente ha publicado obras suyas en castellano, poseo algunas traducciones, tan desgraciadas, que no vale la pena leerlas. Todo el encanto de los versos de Puchkin, la sutilísima ironía de Gogol, su humor fino, certero, desaparecen en las traducciones de Alexis Marcoff. La jugosidad de esta obra, su encanto, mueren en las manos de este traductor, pendiente solo de la letrá, ajeno a su espíritu.

Es lamentable que sea España uno de los pueblos donde las traducciones son más detestables. Quizá donde la literatura española y extranjera, que sale de nuestras prensas, sea de la mas baja calidad. No tenemos novelistas, pero ni aún ni el recurso de leer en buen castellano a los extraños. Los autores rusos son vertidos al español del francés o del alemán y rara vez de su idioma original, posiblemente a causa de esa incapacidad tradicional en nosotros para dominar las lenguas extranjeras. Poseo traducciones rusas firmadas por veintiocho individuos distintos. Claro que sólo las de Causino Assens, el traductor de Dostoiewsky, son correctas. Las demás son todas deficientes, pero las de Alexis Marcoff son algo peores.

La falta de escrúpulos de las editoras es verdaderamente extraordinario. Las obras de Ladislao Raymont, premio Nobel polaco, están editadas en España traducidas del italiano, y las publicadas por Espasa-Calpe, de Dickens, ¡traducidas del francés! Y cuando esto sucede con obras de lengua inglesa, no es de extrañar que no pueda leerse en castellano a los clásicos griegos y latinos. Recientemente la colección Austral ha publicado de Eurípides sus obras *Alcestes*, *Las Bacantes* y *El Cíclope*, traducidas por A. Tovar. Aparte lo arbitrario de la selección, (el *Alcestes* es la última obra de la tetralogía *Los Cretenses*, *Almeón en Profis y Telefo*, *Las Bacantes* forman parte de la trilogía *Ifigenia en Aulide* y *Almeón en Corinto*, por lo cual lo más acertado sería publicarlas en sus grupos), está lo francamente desastroso de su traducción.

Al Instituto Nacional del Libro corresponde fiscalizar la pulcritud y fidelidad de las traducciones, creando, si fuera preciso, un cuerpo oficial de traductores y dirigiendo la preparación literaria adecuada para realizar esta labor. Si queremos dar la batalla en España y fuera de ella al libro americano, ha de ser por la calidad de los nuestros, ya que en los precios es imposible competir. Y en ello va no sólo nuestro prestigio, sino la escasa influencia que aun ejerce España en las que fueron nuestras provincias de ultramar.

TEODORO GUERRERO

NOTAS DE LA PEQUEÑA CIUDAD

Se ha publicado «Nuestra Ciudad».

THORNTON WILDER nos ha hecho brotar un puñado de afiladas emociones en el corazón y tras la frente al escucharle referir, en plena intimidad, el alma sutil de las pequeñas ciudades. Un poco hacia el margen de nuestra inquietante civilización le hemos acompañado a las casas y las calles recogidas y simples, más cerca de la tierra y de la constante inquietud de los hombres para asistir a las escuelas, presenciar sus bodas, acompañarles a los húmedos cementerios, y meditar un instante otra vez de regreso a nuestras grandes ciudades. Es difícil, muy difícil, con una dificultad casi sublime, hablar, como ha hecho Thornton Wilder, de estos temas medio secretos en lugar donde pueda oírnos todo el que

quiera; pero es que, en fin de cuentas, sólo algunas escasas almas devotas se adentran en el narrador y todo acaba en conversación entrañable presintiendo, casi, el amable calor de alguna chimenea y la antigua comodidad de los sillones familiares.

Y por eso hemos sentido cómo Thornton Wilder se acercaba a cada uno de nosotros, nos ofrecía un vaso de vino recio y un poco de tabaco para la pipa y empezaba una conversación suave, «pianissimo», de la que se iba desenredando la vida de una ciudad que no llegábamos a situar bien porque una niebla impalpable nos la hacía semejante a todas las que recorrimos, primero de niños y algo más tarde de hombres. Mientras él nos hablaba de Grovers Corners, en Massachussetts, nosotros pensábamos en todas las ciudades que hemos conocido y sentido; en que no hay viaje de más profunda grandeza que el que se realiza a través de los pequeños caminos, de los pueblos, olvidados a fuerza de estar cerca de nosotros; y recordábamos cómo nuestros mejores viajeros, Unamuno, Ortega, Azorín, Baroja, interpretaron el alma de esas ciudades nuestras, llenas de nombres de heráldica grandeza. Y así, Grovers Corners se aparejaba con Aguilar de Campoo, con Villanueva de los Infantes, con Santillana del Mar, y sus entrañas iniciaban un coloquio que era todo un símbolo en cuyo centro había muchas leguas de mar, de un mar que se asegura sobre el reposo de la Atlántida.

Precisamente así es como volvimos a pensar en esta vida múltiple y diseminada, pero semejante como las espigas de todos los campos; al sentir que Thornton Wilder estaba hablándonos de esas eternas angustias que son el Amor de la Muerte, enhebradas en el diminuto quehacer de cada instante, en el reposado relato, historia apenas, de los que suceden en una pequeña ciudad sencillamente colocada a 42 grados de longitud y 70 grados, 37 minutos, de latitud.

Un suave viento, húmedo y gris, recorre las calles de Grovers con un tono monótono de tabla de multiplicar, de cantilena ineludible una y cien veces repetida: dos por uno es dos, dos por dos cuatro, y así Emilia Wess y Jorge Gibbs se enamoran porque en realidad no pueden hacer otra cosa en esta ciudad normal en que las hojas se desprenden de los árboles precisamente el día en que comienza el Otoño; y Emilia y Jorge se aman porque son vecinos y juntos resolvieron problemas de Geometría. Es verdad que los dos están acordes en reconocer que declarar un amor es decir «cosas de bastante importancia» pero, sin embargo, nos molesta esta falsa visión uniforme del Amor, de un amor que huele a reposada digestión y a huerto bien cultivado. Sobre todo porque a nosotros siempre nos ha dolido el corazón delante de todos los noviazgos indiferentes, ante todas las bodas impasibles, y hemos llegado incluso a pensar, no que «los amores refritos son los más queridos», pero sí que quisiéramos amar a una muchachita alegre con un amor decidido y profundo, difícil y hasta un poco bruto.

Por esto, Thornton Wilder nos ha dejado un sabor amargo entre los labios como si acabáramos de oír hablar al «anciano del lugar» y nuestra juventud se hubiese resentido, ya que si a algo no queremos renunciar por nada del mundo es a una juventud a la que, mas que un derecho, tenemos una vocación y una imperativa necesidad. La vida cotidiana, vulgar, es imprescindible pero hemos de hacerla con nuestras manos, con nuestras propias manos porque es íntimamente nuestra y necesitamos darle un sentido que no nos importa que se haya seguido antes y se vuelva a seguir ahora o en el futuro pues con el alma y la sangre lo rechazamos. Y esto no es plagio ni motivo de apagada tristeza, sino signo de Eternidad, de gozoso destino paralelo que nos hace un poco más hombres, al asegurarnos los pies en la tierra, y nos deja libres las manos y los ojos y el corazón para la tarea artesana de regalar algo de nuestra carne a cada cosa pequeña, a cada labor, que así crece y tiene también sus brazos y sus piernas y se sentará a nuestro lado sonriente el día en que necesitemos hacer el recuento de todo lo que hemos creado; que si se nos ha de considerar según nuestras obras no será la más pequeña la que lleve entre sus dedos un poco de nuestra misma alma.

Esta interpretación en las cosas pequeñas como itinerario forzoso de la más exacta grandeza se ha sabido desde siempre en nuestras aldeas, por las que no corre un viento

húmedo y frío sino aire luminoso con olor a sementera generosa y a tierra trabajada con esfuerzo.

Poco después, cuando Emilia y Jorge tienen nada menos que un hijo, un Ford y una granja y todo parece impregnarse en un aire de égloga, Thornton Wilder nos recuerda que hay un momento en que la vida se acaba y es necesario ocupar un pequeño espacio, vacante en algún cementerio. Cuando Emilia Wess llega a la silenciosa colina se respira un aire más limpio que en la ciudad y quisiéramos entreoir un coro de violines y de voces de niños que le ofreciesen una amable bienvenida para dulcificar sus ojos asustados y la inquieta timidez de su corazón de joven esposa. Nosotros creemos, y deseamos que también lo crea Thornton Wilder, que el morir es un poco cuento de hadas, poema ingenuo que debe leerse sin temor, con una serena confianza en que, al fin y al cabo, el Hada Madrina conseguirá la felicidad de la Princesita rubia y transparente; queremos ser un poco infantiles ante la Muerte quizá porque nada hay más próximo a un niño que quien empieza a morir ya que si uno viese a través de una infancia que comenzó en la Eternidad, el otro regresa a la que nunca tendrá fin. Por esto es por lo que no comprendemos el miedo de Emilia Wess ante los muertos y, sobre todo, sus deseos por volver a una vida que no supo comprender para recomenzar una tarea mal hecha, ¡como si no supiéramos todos que de tener diez vidas en cada una lo haríamos mucho peor que en la anterior! Como si no fuese una tarea imposible, afortunadamente, valorar cada pequeño instante porque si no daríamos en furiosos avaros de nuestras sensaciones, de los momentos que se nos escurren como gotas de lluvia. Precisamente porque estimamos más el sentido de la vida que la vida misma, mal que le pese a Dimitri Karamazoff, porque creemos que la juventud no debe servir si no para ofrecerla, para regalarla incluso a quien nada nos pida, nosotros que hemos cifrado todo en ser jóvenes contra viento y marea, queremos arrojar la vida por la borda sin volver atrás nunca, sin esperar al fin de la fábula una moraleja rancia y si una nueva y definitiva consagración de la Primavera.

Estábamos en la colina con Emilia y los antiguos vecinos de Gravers Corners. Allí están la señora Gibbs, madre de Jorge, y Simón Sinson, el viejo organista. Es de noche y no distinguimos a nadie más pero les escuchamos quejarse del frío, y del viento, y de que Jorge acuda al cementerio a acompañar también esta noche el sueño de Emilia, y de lo que Emilia dice, y no se quejan de los impuestos o del gobierno porque no los tienen, que si no se quejarían. Estamos en plena chinchorrería de ultratumba en compañía de unos muertos con alma de viejas beatas, hablando de las estupideces clásicas de las visitas pesadas: que si el tiempo, que si esto, que si lo otro. Mientras tanto en Castilla hay unos sepulcros donde siguen agitándose y batallando el Doncel y los Condestables, y en Granada Isabel y Fernando junto a su Capitán Gonzalo; y después de pensar en esto hemos decidido que no, que ellos, igual que todos los que han sentido florecer su corazón en Castilla o en Massachusetts como en la Patagonia,

«serán polvo, mas polvo enamorado...»

porque así debe ser y así es y porque así viene siendo en nuestras pequeñas ciudades por un palpitante sentido histórico de la Vida y de la Muerte, desde hace más de mil años. Y todo ello sin darle tanta importancia que lo pregonemos a los cuatro vientos como un gran descubrimiento porque si los «dandys» predicaron que hay que estar un poco «de vuelta de todo» para ser elegante, aquí sabemos hace tiempo que si somos inmortales no es «chic» dar una excesiva importancia a la vida y a lo que en la vida ocurre.

Y además, querido Thornton Wilder, si el más allá es ese «five o'clock tea» de inaguantable cofilleo, nosotros, francamente, pensamos dejar un testamento en cuya única cláusula exigiremos que se nos entierre en ese poético cementerio de perros que hay en Montparnasse, precisamente junto al clásico del Père Lachaise, en donde reposan Kreutzer y Bellini y también Abelardo y Eloísa.

FERNANDO BENZO